

Los problemas del cambio social: ¿otra vez?

Fernando Henrique Cardoso

DURANTE LAS DISCUSIONES preparatorias de este congreso de sociología* algunas personas sugirieron medio en broma, medio en serio, que el tema de la reunión debía tomarse del libro de Daniel Bell acerca de la ideología, en una versión más cruel: “El fin de la sociología”.

Algunos de los sociólogos del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología (AIS) piensan que son muy pocas las novedades surgidas, por lo menos en el campo de la gran teoría, a partir de la lectura de las publicaciones sociológicas aparecidas en los últimos diez años. Esta generación ha presenciado, no sin envidia, a la antropología acogerse al brillo del estructuralismo y de la “crítica de la cultura” de Foucault, dejando a los sociólogos en una posición un tanto carente de imaginación y sin el incentivo necesario, incluso para emprender teorías de “alcance medio”.

Sin embargo, ha prevalecido el espíritu de equipo y con un redoblado vigor creativo, me dispongo a discutir el más clásico de los temas sociológicos: las teorías del cambio social.

Basta exponer algunas críticas a estas teorías para percatarnos fácilmente de que, a pesar de todo, existen nuevas ideas, y que la sociología lejos de marchitarse está avanzando en su labor de delinear nuevos programas de investigación e interpretación.

¿Cuáles son, pues, esas nuevas ideas?

Empezaré por dividir en dos capítulos mi exposición intro-

* Se trata del IX Congreso Mundial de Sociología, realizado en Nueva Delhi, India, en agosto de 1986 (N. de la R.)

ductoria: el primero aborda el tema en general, y el segundo las diferentes interpretaciones. El capítulo de las técnicas lo dejaré a los especialistas más competentes en este campo. Sin embargo, a pesar de mi moderado apoyo a una visión relativista de la ciencia, no resisto la tentación de comentar algo acerca de los nuevos “enfoques sintetizadores”, que suelen desorientar en tal medida que sería mejor dejarlos sólo como notas a pie de página.

Los nuevos temas en las teorías del cambio

El “cambio social”, o “los cambios en la sociedad” o “de la sociedad”, fueron temas constantes —definidos por teorías conflictivas y opuestas— durante la era clásica de la sociología. La cumbre de la ambición teórica fue la aspiración a determinar las “leyes” de la evolución social.

Subyacía a estas nociones la antigua idea del progreso, reavivada en el Siglo de las Luces y victoriosa durante el siglo XIX. Ha sido el cambio —aunque no en forma lineal ni constante— el que impuso la transformación de las sociedades a través de la historia.

Es cierto que Ranke estuvo en contra de los sociólogos y economistas que buscaban explicar las regularidades “monológicas” o aplicar modelos “ideales”. A finales del siglo, Ranke insistía en que la única explicación válida era la forma en que ocurrió realmente el cambio social: “*wie es eigentlich geschehen ist*”.

Esta crítica estuvo dirigida a los autores del pasado, principalmente a Marx y Durkheim, ya no digamos a Comte y Spencer. Pero los sociólogos respondieron sin tardanza, en obras como las de Simmel (no obstante estar en desacuerdo con el símil biológico de Durkheim) o Weber.

Los sociólogos ignoraron desdeñosamente el escepticismo de los historiadores respecto de los “procesos generales” del cambio, y continuaron impávidos buscando las regularidades que pudieran explicar los cambios sociales generales.

Los sociólogos posclásicos y poscríticos (si se puede denominar así a los kantianos estilo Weber), con ambiciones más modestas, siguieron convencidos del valor nomotético de la ciencia social, pero pusieron mayor énfasis en su pasión por generalizar el cambio con relación a los aspectos parciales de la sociedad (cambios en la sociedad, pero no en el tipo de sociedad). Se centra-

ron en gran medida en la acción transformadora de los agentes sociales activos en los procesos de interacción (individuales y de grupo), más que en la acción en el nivel de las estructuras (reformas y revoluciones) o incluso en el de las instituciones clave de la sociedad (como la propiedad y el Estado).

Aquí encontramos una importante transformación en los temas predilectos de los sociólogos. Si Durkheim había considerado la *división social del trabajo* —un proceso universal— para estudiar los aspectos más generales y recurrentes del cambio a través de sus “tipos promedio” y para exponer “leyes” aplicables a cada forma básica de sociabilidad “transhistórica”, mientras Marx elegía las grandes transiciones históricas (desde el feudalismo al capitalismo y el socialismo) como tema para su investigación, a partir de Weber (también un clásico en este aspecto: “El surgimiento del capitalismo moderno”) la sociología de la acción redefiniría los temas contemporáneos.

Tal vez sea Parsons quien haya ofrecido el principal paradigma de la sociología de la posguerra. Presenta la combinación única de técnica explicativa general (extraída de los tipos ideales de Weber) con un enfoque altamente específico del objeto y el tema de estudio: por ejemplo, la familia nuclear.

Aquí tenemos un cambio, pero no una teoría del cambio sino *teorías* en plural. Y fue el estructural-funcionalismo de Parsons y Merton el que dio a la sociología durante la década de los cincuenta tanto su gran modelo para explicar el cambio (la sumatoria de disfuncionalidades, la socialización incompleta, los valores no obtenidos e incluso contradicciones consideradas como “incompatibilidades” entre las demandas de la situación social y el papel que desempeñan los actores) como la esfera de acción de su explicación: procesos sociales delimitados.

Las obras más significativas de este periodo se refieren a temas parciales en la sociedad, incluso cuando rompen con el estructural-funcionalismo y no hacen referencia al análisis global de procesos y patrones de cambio de un tipo de sociedad a otro. *An American Dilemma*, de Myrdal, constituye un ejemplo ilustrativo del análisis no funcionalista, aunque limitado dentro de estos parámetros. *The American Soldier*, de Stouffer y Lazarsfeld, es más fiel al estructural-funcionalismo.

Excepciones: el propio Parsons y su inmenso séquito sociológico estudian el “paso” de las sociedades tradicionales a las modernas. Sin embargo, en este caso no hay “leyes del paso”

como tales, sino una caracterización polar, que tiene un estilo más aproximado al de Tönnies que al de Weber, y distingue los tipos idealizados. No obstante, no puede haber ninguna analogía, ni siquiera remota, entre estos esfuerzos y los que pudieran denominarse “métodos científicos” para analizar la regularidad de estas transformaciones. Mientras que en Weber (o en los estudios específicos de Parsons) se encuentra una explicación además de la tipología (que va de acuerdo tanto con las causas como con el significado), en lo que se ha dado en denominar “teoría de la modernización” —o más bien en la tradición formal de la teoría— no hay una explicación propiamente sino una caracterización. Los cambios que se presentan están caracterizados por oposición, pero no hay un intento de explicar su causalidad, sus secuencias o sus formas.

Después de la década de los sesenta, y especialmente durante la de los setenta, la sociología adoptó un nuevo sesgo. Por un lado el neomarxismo y por otro la renovada preferencia por temas ligados al cambio en los componentes fundamentales de la sociedad contemporánea, incluso en términos de la tradición del análisis “empírico” o estructural-funcionalista.

El neomarxismo surgió de dos fuentes no exclusivas: la renovada lectura académica de Marx (Althusser, Poulantzas, etc.) y la incorporación de los temas del desarrollo económico y de la dependencia en los estudios de las sociedades contemporáneas. Aunque el regreso a los temas sobre el cambio no fue global, abordó los aspectos más generales de las sociedades contemporáneas, y también surgió de dos fuentes principales: la comparación entre las sociedades capitalistas y socialistas (con sus divergencias y convergencias), y el desprestigio de la versión de los cambios graduales en las sociedades modernas competitivas. La fuente anterior incluye un campo de acción que abarca desde los estudios un tanto lineales sobre los efectos del “industrialismo” en la unificación política y social de diversas sociedades, hasta estudios más ricos en matices, como los de Raymond Aron, donde los temas de la libertad, del poder y de los límites de la razón son recuperados sobre todo en el análisis de las sociedades industriales.

En cuanto a la segunda de estas dos fuentes, sería más adecuado decir que se desprestigian dos cosas de manera concomitante: la visión gradualista del cambio social y la visión de los “conflictos de clase” como fuente de cambio privilegiada en las

sociedades modernas. Aunque a decir verdad no hubo una crítica sistemática y consistente de la teoría de las clases sociales y de la revolución, los sociólogos sustituyeron gradualmente su interés en el análisis de la clase obrera (como Georges Friedman o Serge Mallet) por el análisis de los “nuevos actores”.

Aquí tenemos de nuevo un cambio, pero esta vez representado por factores y actores que no han sido considerados por la sociología clásica, cuyo interés se centraba en el cambio global de la sociedad. En sustitución de la idea marxista de las fuerzas productivas-relaciones sociales de producción-superestructura, surge la idea de que el cambio puede derivarse de los conflictos nacidos en cualquier nivel de la sociedad. De esta manera, el movimiento social de mayo de 1968 es el embrión de la lucha entre los “productores de conocimiento” y los amos de la sociedad, personificados por el Estado. La burocracia y el Estado, no los patrones, serían el “enemigo” de los nuevos liberadores de la sociedad, aquellos que fundaban su crítica en la ruptura con los valores culturales.

Los años sesenta estuvieron llenos de nuevos retos prácticos y de nuevos enfoques sociológicos. En cierta medida, sufrió una sacudida la noción de progreso, propia de la civilización occidental (judeo-cristiana). No por la falta de los supuestos materiales de esta creencia: la propia acumulación de conocimiento y tecnología debilitaron la idea de que la solidaridad humana y los valores morales y espirituales acompañarían la marcha de la civilización y el crecimiento económico. La guerra de Vietnam (los nuevos horrores de la guerra vistos por la televisión de todo el mundo), la intolerancia religiosa y el renacimiento del regionalismo; el redescubrimiento del tema de la desigualdad entre las razas y entre los sexos, así como la obsesión respecto al holocausto nuclear (Three Mile Island y Chernobyl), fueron factores que se combinaron para crear nuevamente actores sociales y nutrir los temores y las angustias del mundo contemporáneo.

La confiada autopercepción del mundo occidental, con sus calmadas teorías de la modernización o sus tempestuosas teorías de la revolución, supuso hasta la década de los cincuenta que había un grado de compatibilidad entre el “crecimiento económico”, las “fuerzas de transformación sociales” y el bienestar humano. A partir de los sesenta esta tranquila confianza se desplomó.

De acuerdo con observadores más escépticos o pesimistas,

como Robert Nisbet,¹ por ejemplo, han desaparecido las cinco premisas básicas que convirtieron el dogma del progreso en el origen de la civilización occidental. Éstas fueron:

1. La fe en el valor del pasado.
2. La convicción de que la civilización occidental era noble y superior a las demás.
3. La aceptación del valor del crecimiento económico y de los adelantos tecnológicos.
4. La creencia en la razón y el conocimiento científicos.
5. La creencia en la importancia intrínseca de la vida en el universo.

Es obvio que no es necesario acompañar a Nisbet hasta el fin de su subjetivismo pesimista. Simplemente es un síntoma del fenómeno que trato de explicar. Pero demuestra que, tanto los efectos perversos del crecimiento económico (no tanto la desigual distribución de sus beneficios sino sólo la destrucción de los recursos naturales, muchos de los cuales no son renovables) y el desprestigio de la "civilización occidental", aunados a los demás factores mencionados, debilitaron la fe en la razón, especialmente en el sentido de razón esencialmente "occidental".

Los nuevos temas del cambio social tienen mucho que ver con este proceso. Ninguno de los nuevos actores sociales, ya sean los "movimientos sociales" de Alain Touraine, las demandas de la mujer, las luchas de los negros, los movimientos de masas o las "comunidades de base eclesíásticas" de América Latina, aparecen en los textos clásicos de sociología o de algún sociólogo de antes de la segunda guerra mundial.

No se puede negar que incluso una conversión sartriana al marxismo como la "ideología de nuestro tiempo", no logra disminuir la angustia existencial colectiva: el temor a la muerte atómica y el holocausto, el horror virtual a la destrucción no intencional, ocasionada por la energía nuclear, a las nuevas plagas blancas (tales como el SIDA), a la violencia urbana, etc., coexisten con las gloriosas civilizaciones de la exploración del espacio, la información tecnológica y la biogenética.

Cuando las teorías del cambio social se evalúan a la luz de la realidad contemporánea, debemos admitir que las "Grandes Teorías" han sufrido golpes significativos. Es cierto que Weber

¹ Robert Nisbet, *History of the Idea of Progress*, Nueva York, Basic Books, 1980.

parece haber acertado con sus intuiciones que prevén el desencanto del mundo y el crecimiento del poder de la burocracia. Pero ni los empresarios ni los dirigentes con auténtica vocación política han rescatado a la sociedad de la rutina. Un examen más detallado demuestra que la teoría de la ética calvinista —y por lo tanto, de los valores— como motor primordial de la acumulación capitalista, ha tenido que someterse al trasplante de Trover Roper a fin de sobrevivir un poco más.

Las teorías de la modernización y los innumerables estudios inspirados por Parsons que empiezan a demostrar cómo se cierra la brecha entre lo tradicional y lo moderno mediante el cambio de la “adscripción” al “logro” o cualquier otro par de oposiciones formales, acumulan pruebas que demuestran que la historia ha sido mucho más caprichosa.

La investigación de Hagen sobre Colombia, o la de Olson sobre la “lógica de la acción colectiva”,² para mencionar sólo algunos ejemplos, constituyen modelos formales de las mejores hipótesis, no explicaciones, de los procesos reales del cambio. De manera semejante, en el campo de la ciencia política, la explicación de Lipset sobre la institucionalización democrática en América Latina, o el famoso libro de Rostow acerca de las etapas del crecimiento económico, han sido flagrantemente desmentidos por los hechos.

No se puede decir que la teoría marxista del cambio social sea mejor: la largamente esperada revolución no ocurrió en donde estaba previsto ni ha sido necesariamente el proletariado la clase directora del cambio social en los países donde ocurrió. Y ni qué decir de los conflictos religiosos y aspiraciones a la independencia nacional (esto último más fácilmente asimilable al paradigma de cambio marxista) que han sustituido a los revolucionarios y a los trabajadores desde la guerra.

Pero es menos importante lamentar las decepcionantes fallas de teorías pasadas para pronosticar el futuro, que reafirmar que la sociología actual ha podido, por lo menos, delinear nuevos temas y tratar de comprender las dinámicas de las sociedades contemporáneas con una perspectiva que está más abierta a la variabilidad de los procesos históricos.

² Everett Hagen, *Structures sociales et croissances économiques*, París, Éditions Internationales, 1970; Olson Macnur, *Logique de l'action collective*, París, Presses Universitaires de France (PUF), 1978.

Es como si la antropología hubiese enseñado a los sociólogos la lección vital de que, si bien los modelos simplistas abstractos de los economistas son útiles para crear categorías analíticas que pueden ayudar a describir e incluso a prever el comportamiento del mercado, no pueden servir como paradigma para describir e interpretar (ya no digamos anticipar el curso futuro de) los procesos sociales que son también culturales, y que por lo tanto deben considerarse a la luz de posibles opciones e innovaciones.

En este contexto, más que lamentarse con Nisbet por la pérdida de un dogma, es mejor entender que la intercomunicación de las culturas y las sociedades del mundo de hoy destruye toda insistencia egocéntrica de considerar al mundo occidental como el modelo único, y al camino seguido momentáneamente por algunos países europeos o por Estados Unidos como el camino hacia la libertad, la igualdad y el bienestar general. Pero el percatarse de esto no debe conducir a la conclusión opuesta: que la civilización industrial y los modelos culturales de Occidente carecen de peso histórico y de capacidad de acción. Así que debido al choque de los intereses y valores, cada sociedad reconstruye el proceso en un momento histórico dado (o tal vez segmentos particulares dentro de cada sociedad, de manera diferente). Las soluciones pueden estar "amalgamadas" y puede desarrollarse una duplicidad o pluralidad de patrones de estructura social, de formas de organización y de cultura. Las soluciones occidentales pueden incluso ser totalmente rechazadas (o casi totalmente, como en el caso iraní). En vez de *una sola teoría*, teorías del cambio. En vez de *el actor privilegiado*, una abundancia caleidoscópica de agentes del cambio. En vez de *un solo resultado*, homogeneizador universal, una distribución más diversificada, más rica en alternativas históricas.

Ésta parece ser la lección que tenemos que aprender de las teorías contemporáneas del cambio social.

Tipos de interpretación

Los estudios sobre el cambio social también han proporcionado un campo especialmente fértil para la discusión en torno a las bases científicas de la explicación sociológica. ¿Hasta qué grado está equipada la sociología para enunciar "leyes de transforma-

ción?”, ¿existe un determinismo en estricto sentido, o solamente hay tendencias?, ¿cuáles son los tipos de explicación producidos por esas posibles leyes; son imperativos para los cambios derivados de la *estructura* de la situación o son leyes condicionales?, ¿es posible determinar las *causas* del cambio?

La place du désordre, de Raymond Boudon,³ es una obra reciente, sumamente interesante, que proporciona un marco para discutir estas interrogantes. Boudon afirma que hay cuatro tipos distintos de teoría del cambio social, y uno de ellos tiene una variante importante. Lo que Boudon está indicando es que estas diferentes teorías son lo que Imre Lakatos, el filósofo de la ciencia, denomina “programas”, es decir, orientaciones generales seguidas por segmentos de la comunidad científica en su trabajo de investigación. Estas orientaciones, o este “programa”, están basados en el supuesto de que es posible enunciar tesis interesantes respecto del cambio social, y que estas tesis son verificables y nomotéticas (por ejemplo, su esfera de acción rebasa un contexto dado temporal y espacial).

El primer tipo de teoría destaca características más o menos generales y tendencias irreversibles. Por ejemplo, el paso del particularismo al universalismo en las sociedades modernas de acuerdo con Parsons. Con frecuencia estas “leyes tendenciales” son poco menos que intuiciones que no pueden comprobarse estadísticamente. O pueden ser más sofisticadas y empiezan a definir la existencia de *etapas* (como las leyes de Comte de las tres etapas, o, de manera más modesta, las etapas de crecimiento económico de Rostow).

El segundo tipo de teorías del cambio adopta la forma de “leyes condicionales”, estructuradas de acuerdo con los lineamientos de “si ocurre A, le seguirá B”. Cuando Parsons indica que el efecto de la industrialización es reducir las familias al tamaño de la “familia nuclear” (padres y niños), está expresando este tipo de teoría. Igual que Tocqueville cuando afirma que la liberalización de un régimen despótico conduce a una reacción violenta contra éste, y no a una aceptación gradual de la mejora obtenida.

Este segundo tipo de explicación del cambio cuenta con una gran variante, cuando el elemento A no es una condición o una sola variante sino un sistema de variables. En este caso, se trata

³ Raymond Boudon, *La place du désordre*, París, PUF, 1984.

de buscar leyes de estructura; como por ejemplo cuando se dice que el sistema semifeudal tiende a ser estable porque el usuario de la tierra, aunque formalmente libre para venderla, tiende a estar constantemente endeudado con el propietario, el cual no favorece la introducción de innovaciones que podrían elevar la productividad de la tierra o de la mano de obra. Otro ejemplo es la teoría de Nurkse sobre "el círculo vicioso de la pobreza", el cual establece que un país pobre en un momento t tiene todas las probabilidades de seguir siendo pobre en el momento $t + 1$, a menos que haya un choque exógeno, porque la pobreza lleva consigo una baja capacidad de ahorrar e invertir, impidiendo un aumento de la productividad.

El tercer tipo de teoría no trata de explicar el contenido del cambio, sino su forma. Así, Michel Crozier intenta demostrar que en Francia el cambio estaría destinado a adoptar la forma de prolongados periodos de bloqueo seguidos de periodos de crisis; según el punto de vista del autor, esto se debe a que los factores culturales llevan a los miembros de una organización a adaptarse a los problemas que surgen, sin discutirlos o ponerlos en tela de juicio, hasta que ocurre una explosión.

El cuarto tipo de explicación del cambio, en la clasificación de Boudon, trata de las *causas* o *factores* que lo producen. Se pueden encontrar ejemplos clásicos en Weber y Marx, especialmente en el "diálogo" entre ellos sobre la interrogante de si los valores (como en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*) son predominantes en la explicación de la acumulación capitalista, más bien que las relaciones sociales de producción y las fuerzas productivas.

El mero acto de enumerar estos diversos tipos de intento de explicación sociológica del cambio es suficiente para demostrar la variabilidad de la esfera de acción de cada uno de ellos en cuanto a la precisión teórica obtenible, así como la complejidad de los factores que se pretenden explicar. Por otro lado, las "leyes", "regularidades" o secuencias intuitas a las que se llega tienen *status* teóricos y epistemológicos muy diferentes. Por ejemplo, Boudon recomienda que debe adoptarse un "determinismo adecuadamente moderado": "respecto del cambio social, el determinismo no es, por lo tanto, una exigencia indispensable sino una 'constante', adecuada de adoptar o no, dependiendo del caso" (p. 192).

Afirma Boudon que existen ciertos procesos en donde un esta-

do en $t + 1$ puede estar determinado sobre la base del conocimiento acerca del estado en t . Pero esto no es una propiedad general, porque para que ocurra esto deben estar presentes y persistir toda una serie de condiciones, y que los actores (para Boudon esto trata de explicar interacciones) deben estar en una situación *cerrada*. Pero no siempre éste es el caso: hay situaciones *abiertas* en las que el actor enfrenta un grupo de opciones sin tener una razón decisiva que le permita escoger una u otra. Y hay situaciones en las que ciertos actores pueden *innovar*. En cambio, esta *innovación* puede derivarse de una demanda específica privada, o puede presentarse por las demandas de un sistema; o bien, puede ser enteramente independiente. Así que, por ejemplo —y no iré más allá de una indicación general—, para saber el peso determinante de los valores (o ideas) en un proceso de cambio, es necesario siempre considerarlos en términos de la estructura del proceso en cuestión, que puede o no aceptarlos como un *primum mobile*. Lo mismo se aplica a las denominadas explicaciones materialistas.

Siguiendo esta cautelosa línea de interpretación, Boudon llama la atención sobre la necesidad de atribuir la explicación no a los amplios procesos dominantes del cambio, sino a los elementos específicos temporales y espaciales, y a la necesidad de determinarlos dentro de las estructuras globales, las cuales bien pueden tener sus propias reglas de cambio, aunque éstas sean menos susceptibles de explicarse en un sentido estrictamente científico.

Éste es el punto final sobre el que deseo llamar la atención en este trabajo. Aunque no se pueden comprobar para darles validez científica de acuerdo con la forma neopositivista, hay interpretaciones del cambio cuyo interés aceptan incluso los autores de la tradición kantiana como Boudon.

De hecho, Boudon distingue una secuencia lógica que va desde la *enunciación de posibilidades* hasta *las leyes condicionales*, pasando por la enunciación de coyunturas más o menos probables. Es posible que estas coyunturas ocurran en un determinado estado de cosas más que en otro, opuesto al primero. Por ejemplo, la citada afirmación de Tocqueville acerca de los efectos de la liberalización de un orden autoritario.

En cuanto a las enunciaciones de posibilidades o leyes condicionales, éstas encajan más directamente en la lógica de Popper, en la forma de interrogantes para las cuales hay respuestas

cuya validez puede ser comprobada científicamente. Un ejemplo de este tipo de “descubrimiento” científico (semejante en procedimiento a la lógica de la ciencia natural) es la corrección que hace Trevor-Roper a la tesis de Weber sobre la importancia de la ética protestante en el capitalismo moderno. Partiendo de hipótesis microsociológicas, Trevor-Roper demuestra que la conexión entre el calvinismo y el capitalismo no fluye directamente de la teoría de la predestinación, sino del erasmianismo, y de que los empresarios son los que tienen la mayor oportunidad de apegarse a la ética calvinista, más bien que lo contrario. Además, si hay calvinistas en el mundo empresarial de las regiones luteranas, esto se debe a que hubo migraciones. En otras palabras, Trevor-Roper explica un grupo de hechos más amplio que Weber; y los hechos que explica Weber están contenidos en los de Trevor-Roper. Lo que es más, los hechos microsociológicos explicados por Trevor-Roper son comprensibles en el sentido weberiano, y están ligados a los hechos macrosociológicos puestos en evidencia por Weber. Esto demuestra que ha habido una *acumulación* de conocimiento.

Boudon llega a la conclusión de que a fin de pertenecer al “*genus científico*”, los datos para los que se busca una explicación deben pertenecer a un grupo bien definido. “Esto significa que tales teorías sólo pueden ser *locales y parciales*. . . Por lo tanto, el análisis del cambio social de ninguna manera es una ciencia necesariamente inexacta, que por la naturaleza de su objetivo esté destinada a rendirse a los procedimientos incommunicables de interpretación” (p. 207).

Además, continúa Boudon, un gran número de teorías del cambio no son empíricas sino formales. Ejemplifica esto con el conocido artículo de Hotelling acerca de la estabilidad en la competencia⁴ y con las reinterpretaciones de Hirschman del mismo modelo para su aplicación a la política. Igual sucede con el muy conocido estudio de Parsons y Smelser acerca del cambio institucional,⁵ y muestra que cuando surge la disfunción en una organización empresarial (o en cualquier otra, e incluso en un

⁴ H. Hotelling, “Stability in competition”, *The Economic Journal*, XXXIX, 1929, pp. 41-57.

⁵ T. Parsons y N. Smelser, “A Model of Institutional Change”, en *Economy and Society: a study in the integration of economic and social theory*, Nueva York, The Free Press, 1956, pp. 255-262.

sistema social) *puede* resolverse creando nuevos papeles sociales y por lo tanto mediante la diversificación de éstos. Por ejemplo, este tipo de explicación formal no dice nada acerca de la *frecuencia* de las diferenciaciones funcionales, o de su precisión; puede aplicarse a una vasta gama de procesos sociales. Por lo tanto es una “teoría formal”, mas no una teoría en el sentido propio, y sería equivocado aplicarla realísticamente a fin de considerarla en fenómenos observados empíricamente, a menos que se introdujeran proposiciones complementarias y datos apropiados.

Comentarios finales

¿Por qué he hecho este extenso resumen de la obra de Boudon?

No sólo porque proporciona una revisión crítica del *status* epistemológico de las contribuciones de la sociología a las teorías del cambio social, sino porque demuestra una apertura a la aceptación de un punto de vista menos científico de la sociología. También porque al final —y ahora puedo añadir esto— Boudon destaca el “espíritu de aventura” del cual el análisis sociológico es un ejemplo: deja lugar para la indeterminación e incluso a juicios de valor indemostrables que reúnen piezas dispersas de explicaciones del cambio, derivadas de los análisis de probabilidades, de coyuntura, formales, generalizaciones empíricas e incluso meras interpretaciones (con frecuencia valiosas).

Dentro de este extenso horizonte, la sociología no lamenta sus pronósticos fracasados sino que se enriquece. No teme aventurarse en campos donde pueda no haber mucho rigor científico pero pueden encontrarse las tesis, no los dogmas, para que la angustia humana supere el estancamiento.

Para regresar a la esencia de mi argumento: como demostré en la primera parte de esta exposición, hay nuevos retos que enfrentan los que desean comprender el cambio en el mundo contemporáneo y hay nuevos actores para enfrentarlos —y deseo concluir regresando a los retos del presente, muchos de los cuales están lejos de haber sido sometidos a alguno de los ejercicios de rigor explicativo que mencioné en la segunda parte de esta exposición.

El primer reto, base de nuestro sentir actual de una civilización moribunda, es la amenaza de exterminio de todo tipo de vida en el planeta: el temor a la guerra y a la catástrofe atómi-

cas; quizá en mayor medida de lo que los sociólogos creen, es la esencia de una futura teoría del cambio. La civilización “occidental” que reconstruye el mundo, tendrá que cambiar a fin de responder a este reto, o bien llegará al borde de la extinción.

El segundo reto se refiere precisamente a la reformulación de la idea del progreso. Si el meollo de esta idea es la posibilidad de un holocausto (y por lo tanto la propia negación del “progreso social”), no puede sorprendernos que este progreso ya no se considere como una garantía del cambio social. Las versiones marxistas de las “fuerzas productivas” como motor de la historia, así como las versiones ingenuas de las teorías de la modernización basadas en el industrialismo, tienen que ser criticadas y caer en el desprestigio. Pero esto no es razón para unirse al pesimismo metafísico de Nisbet. Por el contrario, los países del Tercer Mundo, sobre todo, continúan creyendo en el crecimiento económico, dado que el tema de la desigualdad —entre regiones y entre clases— modera el ritmo de la acumulación.

El tercer gran reto del cambio contemporáneo indudablemente reside en un retorno a Montesquieu, o en la percepción de la antropología moderna que relativiza las diferencias culturales y civilizatorias. No tiene sentido un occidente arrogante y un oriente humillado, o un norte pretencioso y un sur cabizbajo. Porque de la singularidad real de los sistemas de comunicación y la prosperidad que ya ha acumulado el planeta en su totalidad, puede ser posible vislumbrar un mundo occidental u oriental, como dije antes, en el cual coexistan las dimensiones culturales, ya sea compenetrándose o existiendo como pluralidades opcionales. Éste es el más valioso de los retos para la creación de una teoría de cambio que no asuma que el destino —para los países en desarrollo, el refugio seguro ya encontrado por los países desarrollados— puede conocerse por anticipado. Después de todo, los países desarrollados no han dejado de desarrollarse; y, además, los cambios que ahí ocurren se ven afectados por los procesos sociales que ocurren en los países en desarrollo.

Finalmente, otro gran valor destacado en el siglo XIX está intacto aún y puede resolverse en nuestro siglo: el referente a la igualdad. Para que ocurran cambios profundos no es suficiente tener un dogma, es necesaria una utopía. La utopía de nuestro tiempo, que es el final de un milenio, existe y es evidente: la lucha por abolir la pobreza.

Es muy probable que estos temas o retos no sean suscepti-

bles de un tratamiento con rigor científico, pero, como señala Boudon, sin un poco de subjetivismo y a menos que se acepte la posibilidad de que pueda ocurrir lo inesperado, la historia tampoco puede avanzar ni entenderse. Estos pueden no ser temas estrictamente científicos, pero son indispensables para que las teorías exactas, parciales y bien fundadas, sean también pertinentes e interesantes.

Traducción de *María de la Paz Mayo*